

descentralización cósmica, un descalabro cósmico, análogo metafísico del pecado original.

Todo el proceso de fundamentación del movimiento empírico en un tiempo eónico, la caracterización de este último, el remitirse a otros fundamentos transfísicos de los fenómenos (los fundamentos pasivos de posibilidad), las incursiones en la física moderna y actual, la referencia al pensamiento budista y cristiano y algunas interesantes reinterpretaciones de los clásicos (como la reinterpretación de la sentencia de Anaximandro) revelan el vigor y la altura reflexiva que caracterizan al pensar de Hedwig Conrad-Martius; y, pese a las consideraciones críticas que pueden hacerse, nadie podrá negar el ingente esfuerzo de pensamiento que el tratamiento de tantos problemas requiere, así como el impresionante dominio de tantos campos del saber. Por eso afirmábamos que era imposible decir la última palabra sobre su filosofía. Ella vendrá de suyo cuando el conocimiento de sus otras obras y el acercamiento directo a los problemas permitan juzgarla adecuadamente.

*El tiempo* consta además de dos apéndices: "La medición del tiempo" y "La videncia temporal", en los que se amplía la doctrina a campos particulares. El estilo en que está escrito es de seca exactitud, lo que, a menudo, hace difícil su lectura.

PATRICIO MARCHANT.

*F. H. Bradley. APARIENCIA Y REALIDAD.* Versión española, introducción y notas de Juan Rivano. Comisión Central de Publicaciones de la U. de Ch. Editorial Universitaria. Santiago, 1961. Dos volúmenes. 520 páginas

La correcta versión en español de un clásico será siempre recibida como un gran bien, casi diría como el cumplimiento de una misión, visto lo poco que origina-

riamente se escribe en nuestro idioma y lo escaso y deficiente de las traducciones en uso. Pero en la publicación que nos ocupa, a los méritos ordinarios de esta tarea hay que sumar un nuevo y hondo significado: la obra representa la introducción en Chile del pensamiento neohegeliano inglés, casi desconocido en nuestro medio, no obstante la importancia de este modo de pensar unitario y ceñido, cuya influencia, no siempre consciente o declarada, se observa en diversos ángulos de la actividad espiritual.

El aislamiento y la precariedad filosófica en que vivimos nos obliga muchas veces a formarnos unilateralmente, sin poder escoger, en ideas cuyo reinado es un poco el producto de circunstancias azarosas. Después del positivismo, esa actitud básica de la mente humana, cuyas repercusiones llenaron todo un período en Chile, llegando a acuñar un noble estilo de pensar y considerar las cosas, no hemos visto una nueva filosofía que reemplace con éxito la decadencia de aquélla, fruto natural de las limitaciones y contradicciones que envolvía. El aliento de Hegel, purificado de sus enervantes excesos metafísicos, encierra, sin duda, esa posibilidad; y así parece haberlo entendido el profesor Rivano, cuyos escritos y enseñanzas de cátedra se hallan impregnados del espíritu de esa doctrina, que lo compromete vitalmente. Entrar en los grandes filósofos implica no sólo conocimientos técnicos y agilidad mental, sino una suerte de afinidad con el maestro, en cuya ausencia se queda uno con el mero esqueleto racional de los sistemas. Esta situación favorable es la que ha permitido al traductor una versión ideológica excelente al par que un estudio vasto y certero. La extensa introducción (60 páginas) constituye un verdadero ensayo, en lo cual, por paradoja, reside su defecto, pues no cumple con el necesario propósito de llevar al lector de la mano por tan ardua y nove-

dosa senda; antes por el contrario: supone familiaridad con los temas. Combinados los juicios de fondo con la refutación de las objeciones y con el ánimo de dar una visión esencial de la filosofía en cuestión, no hay una estructura literaria bien definida, aunque sí un complejo de ideas de gran densidad y penetración. Admira y desconcierta a la vez la precisión de bisturi, con que aparta las etiquetas y los ataques con que es costumbre referirse o enjuiciar a Bradley. Es que cuando alguien se adentra hasta identificarse con el espíritu de un gran filósofo ocurren dos fenómenos sorprendentes: parece que en lo esencial todo está dicho o comprendido por él y, acaso por esto, las denominaciones e imputaciones académicas corrientes, hechas generalmente desde fuera, se encuentran intolerablemente impropias o superficiales.

En lo que toca a la investigación misma de Bradley, su extremo rigor y la hondura de sus principios hacen difícil su lectura y apartan al lector banal y cómodo que busca tan sólo la melodía amena e inmediata. Quien no se sienta gravemente cercado por los problemas de la metafísica no podrá tolerar su recorrido, aunque es preciso reconocer que parte de las dificultades radica en las series extremadamente largas y abstractas de los conceptos, lo cual pudo remediarse si el autor hubiese empleado los recursos didácticos de todo buen escritor; y a este propósito tenemos que decir que no hallamos justificada la admiración por el valor estético de su estilo, bien que en el vaciado pudo extraviarse mucho. Nos parece sostenido en el puro peso lógico de la meditación y por tanto con un género de belleza que radica más en la precisión y armonía de las ideas que en la gracia y ordenación formal.

La obra consta de dos libros. En el primero, "Apariencia", analiza y rechaza las posiciones tradicionales de la meta-

física con una presentación personal de argumentos antiguos. Muy fino y acabado es su análisis crítico de la categoría de relación, tema decisivo en su pensamiento. La fase constructiva se inicia en el libro segundo, "Realidad", donde siguiendo el método dialéctico se tratan con maestría temas apasionantes como la naturaleza general de la realidad, el error, el mal, la apariencia temporal y espacial, el solipsismo, la naturaleza, cuerpo y alma, grados de verdad y realidad, el bien y, en fin, el absoluto y sus apariencias, para concluir que existe un solo todo orgánico, del cual apariencia y realidad son aspectos inseparables. La materia de la realidad es la experiencia, aunque no en el sentido de una experiencia personal y finita. El absoluto, en su aprehensión total, escapa a la mente humana, pero en el sentimiento, donde no hay objeto, ni sujeto, ni relación, sino la inmediatez del uno múltiple, se proporciona el contenido positivo de la idea de realidad absoluta.

Se hace notoria, restando las diferencias, la similitud con la filosofía vedanta advaita y otras del pensamiento hindú, aunque Bradley no lo mencione. La comparación es conocida respecto del idealismo de Hegel. En el Lankavatara-sutra, por ejemplo, y en los escritos de Nagarjuna (S. II, D. de C.) se encuentran desarrollos semejantes a los de Bradley, como los atingentes a la categoría de relación. Un hindú podría estimar a Bradley como un gran aspirante al Jnana-Yoga, al que sólo le hubiese faltado la etapa final, justamente la realización de esa Unidad proclamada por él, en una experiencia metafísica *sui generis*, a la que es tan inadecuado referirse en los términos del intelecto como del sentimiento, pero que los contiene a los dos.

Podrá el lector diferir de la filosofía bradleyana y hasta renovar la fobia a la metafísica despertada por Hegel, pero tendrá que sentirse conmovido por la archi-

tectura de la obra y respetar su intento de aprehender los primeros principios con una poderosa voluntad de intelección que, exigida hasta el límite, parece trascenderse a sí misma.

La adhesión a Bradley es asunto de "simpatía" y participación, más que de reconocimiento de validez universal. En metafísica no existe una concepción a la cual no pueda formularse una objeción crucial y definitiva, debiendo contentarnos con el sistema más afín a nuestra naturaleza.

¿Cómo se opera el tránsito de lo Uno a lo Múltiple y la integración de este último en el primero? La respuesta escapa a la comprensión racional y de creer a los Upanishadas, sólo en la contempla-

ción estática del absoluto se puede superar la aporía.

En Bradley no se ve nada de esto. No puede hablarse de mística en su filosofía, aunque la proyección última de sus ideas pudiera disolverlas o perfeccionarlas en ella, única posibilidad, en nuestro concepto, de dar cumplimiento a la suprema inquietud metafísica del hombre.

La imagen de Bradley que nos entrega el profesor de lógica de la Universidad de Chile, al tiempo que abre curso a una fecunda tradición filosófica, es signo del alto nivel de autenticidad y de dominio que han adquirido entre nosotros las tareas de la filosofía.

MARCO ANTONIO ALLENDES.